

## Final feliz de una historia que conmovió a Asturias

Doscientos vecinos de Sariego recibieron entre alborozo y llanto la llegada de Juan Ricardo, aquel niño de 24 meses que desapareció hace 27 años

## «Ye él, ye él»

«Ya no me voy de aquí. Todos los datos coinciden. Son muchos los años que estuve buscando a mi familia. Por fin los encontré»

Solapeña (Sariego),  
Evelio G. PALACIO  
y Ramón GONZALEZ

«Ye él, ye él», murmuraron los vecinos cuando Juan Ricardo Parajón Arbolea, el joven que desapareció hace 27 años en Solapeña, un caserío de Sariego, se bajó del coche en el que LA NUEVA ESPAÑA lo trajo de nuevo a su hogar, en un viaje desde Albacete, donde lo había localizado este periódico.

Eran las cinco y media de la tarde y más de doscientos vecinos y familiares lo esperaban. Juan Ricardo, «el neñu de Gela», como se le conocía y se le seguirá conociendo en el pueblo, volvía milagrosamente ante el asombro de muchas personas que en su día batieron los montes de la zona en pos de su rastro.

Los tensos momentos de la espera dejaron a todos con el corazón en un puño cuando comenzó a sonar el claxon del vehículo que venía desde Albacete. No hubo tiempo para dudas. Ante la presencia de su padrino, Juan Ricardo se bajó del coche y todo el mundo, admirado, dio por cierto que, efectivamente, aquel joven tenía un inconfundible parecido con su madre y sus hermanos.

Después de 14 años en pos de sus orígenes, Juan Ricardo se había reencontrado. Fue, como el día en que desapareció, un Jueves Santo, en el que el orbayu que caía no inquietaba a los presentes. Lo mismo que hace 27 años, pero con sentimientos diferentes. Una familia y Sariego acababan de recuperar a un hijo al que siempre tuvieron la esperanza de volver a ver.

Fueron momentos de emoción indescriptible y de llanto y asombro general. Solapeña, a pocos metros de la Carcabada, estaba invadida por coches y personas, que llevaban esperando desde las tres de la tarde.

## 48 horas de angustia

Angeles Parajón, la madre que al fin ha visto cumplidas sus plegarias después de muchos sufrimientos, esperaba en la cocina, desbordada por la angustia del que será sin duda el momento más grande de su vida. Con ella, otras mujeres, familiares y amigas, compartían el dramatismo de la espera.

Alfonso Feito, el hermano de Juan Ricardo, llevaba dos noches sin pegar ojo, consumido por el reencuentro con un familiar al que no conocía. Ana y Rosa, las otras dos hermanas, habían pasado otras 48 horas sin comer.

Afuera, mientras esperaba la gente de Solapeña, de la Carcabada o Pedrosa, era el momento para recordar los dramáticos momentos de otro Jueves Santo de 1958. «Lo buscamos por todos lados», decía un vecino, «hasta quemamos el monte que rodeaba la casa —hoy ya una pradería— para ver si aparecía. Pero daba la impresión de que algunas personas querían desviar nuestros esfuerzos. La



La familia, reunida a la puerta de la casa de Solapeña. Juan Ricardo abraza a su madre, rodeado por sus tres hermanos. Eran momentos de intensa emoción

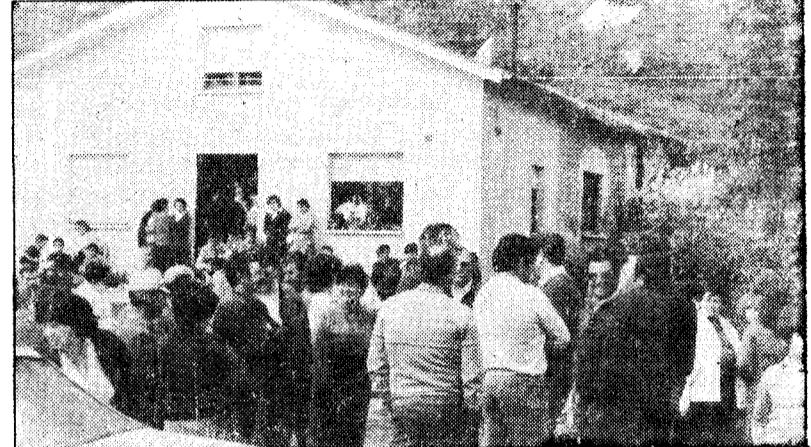


FOTO RAMON GONZALEZ



FOTOS SANTIAGO GARCIA

Arriba, la casa de la familia de Juan Ricardo. Abajo, el recién llegado iniciándose en el arte de escanciar sidra



FOTOS RAMON GONZALEZ

Las lágrimas corrieron ayer en abundancia en Solapeña, mezcladas con sonrisas de alegría

Guardia Civil comenzó a buscar a los tres días y, convencidos de que la culpable era la madre, removieron varias veces el sembrado de patatas para ver si aparecía el cadáver. Después, cambiaron una pila de estiércol en tres ocasiones. Buscaron hasta en unas cuevas. Y luego la maltrataron».

## «No lo puedo creer»

«Aquí siempre hubo algo raro», comentaba otro amigo de

un tío de Juan Ricardo, que se llama Adolfo. «Yo vi cuando iba con Adolfo a trabajar a la mina, los golpes que tenía en la espalda. Lo que es eso no lo sabe nadie. César Vigil, otro sobrino de la madre, que estaba de permiso de la mili, fue también detenido y tratado brutalmente, como la propia Angeles. Hoy César está en Suiza».

Cuando alguien llegaba, la gente hacía silencio, esperando noticias de la inminente llegada.

Y al fin, Juan Ricardo llegó. Con un ramo de flores en la mano para entregar a su madre, al primero que abrazó fue a su padrino, Ricardo García, el hombre que más de cerca siguió su recuperación y que lo abordó al bajarse del coche. La gente contuvo por un momento su emoción, como esperando ver el paso del testigo viviente de un oscuro hecho. Y en un acto reflejo, comenzó de inmediato a aplaudir.

«No lo puedo creer. Aún tengo

grabado en la memoria aquel día en que lo buscamos. Es imposible, qué cosas tiene la vida», decía un anciano que hace 27 años había participado en la búsqueda. Juan Ricardo entró en la cocina. Los presentes podrán recordar pocos momentos más emotivos en su vida.

Angeles, la madre ya incontentada, gritó las primeras palabras del reencuentro: «Ay, hijo bendito. Si te viera la güelina que quería encontrarse contigo

en el cielo. Pensar que el año pasado este día estaba rezando por ti y hoy te tengo conmigo. Qué día tan señalado. Ya no contaba verte más».

## «Cuánto clamé por ti en la cárcel»

Angeles, entre sollozos y llantos de los presentes, remató desgarradoramente: «Cuánto clamé por ti en la cárcel. Siéntate, hijo bendito».

Pasa a la página siguiente